

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, octubre de 1952

Núm. 1004

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7- 1.º Telf. 3988

GIJÓN

Resignación perfecta

En una de las excursiones a que nuestras aficiones de joven nos llevaban por tierras de Andalucía, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección a Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta a la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es tío Pellejo?—pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente las estrellas, y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de V. se ha parado, —dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el señor que le da cuerda, —replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve Vd. que a las doce salimos de la venta del Mímbra, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come, —replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dardes ni tomares... ¿Ve V. allí las tres hermanas? prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orión, pues cuando se ponen en este tiempo encima de la Peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal...

Véalas su mercé como ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía lactea, que empezaba a ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama V. a esas estrellas lágrimas de la Virgen?—pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se llama pan y al vino, vino; —contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en

el cielo... ¡Por eso son tantas y tan hermosas!

—¿Quién le ha contado a V. eso, tío Pellejo?

—Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero mire V., señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria casi en este mismo sitio; un poco más hacia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: a los tres les tocó la suerte, y los tres fueron a la guerra del moro... Chana no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Misté! yo que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fui allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de Africa, y por el se supo que de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra - Bullones; al segundo lo mató a traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastian, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el Hospital de Algeciras con el cólera morbo. Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió, como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos se le descajaron, y se puso más blanca que un papel.

Vamos a Algeciras, Cristóbal, —me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martellilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras, y renegando de cuan-

to bicho viviente se menea... Yo no era malo: creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo: pero aquella pena me había derramado toda la *jie* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga!... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué! me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebasar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... — ¡Calla esa lengua; que bien merece que Dios mate a tu último hijo!

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías?—grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores!—contestó con una voz que parecía un Juez sentenciando a muerte... ¡Mira, añadió levantando la mano a esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos a María Santísima!... ¡Cuentalas, si puedes! ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fui quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

¡Virgen Santísima, que por mí lloraste, —decía yo a voces; si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara a esta oveja perdida!... ¡Madre que perdiste a un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos a Algeciras por la mañana y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos a un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Pérez, —dijo; entró el 25 de Mayo... Salí el 1.º de Junio...

—¿Y para donde ha salido?—preguntó Chana.

—Para el Campo - santo, con los pies por delante, —respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

Vamos al Campo-santo, —dijo. Y fuimos al Campo-santo; pero lo

habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá adentro, por ver la tierra que se comía a su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una misa a la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí a la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé mientras tanto llorando hilo a hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto a un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó a mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana,— pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos?—dijo. Lo que dice el Padre Nuestro, Cristóbal... *Hagase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché a llorar como una criatura; porque aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal,—me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo; había un hombre pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer e hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuese derecho al Cristo del Mimbral, y postrado ante la imágen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo

—¡Señor!—decía alzando sus cruzadas manos. Conserva mi cosecha y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida llamó a su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser!—dijo entonces a su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo

—Pero de allí a poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve a las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo a pedir al Señor, que dá y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor!—decía, postrado ante la imágen; salva su vida!... ¡No dejes a mi hija sin madre!... ¡Dévuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió a los tres días, dejando solo a su marido y huérfana a su hija.

—¡Cómo ha de ser!—se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado a mi mujer, pero me ha dejado a mi hija

De allí a poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—¡Señor!—decía, apoyando su frente en la reja: ¡salva a mi hija!... Anicia-

no soy y desvalido. ¿Qué haré yo solo como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió a su casa esperanzado: acercóse a la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca; hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura a los pies de su madre.

—¡Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer... ¡Perdí mi hija!... pensaba Juan, volviendo a su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré!

Y diariamente seguía yendo a la capilla, se arrodillaba humilde ante Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó a las puertas del cielo: se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan!—dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana?—le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

A Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resistió tres días de verde, —me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió a levantar nunca. Corazón le sobraba; pero el cuerpo se le iba solo a la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos. ¡Yo me quedé sólo!... Sólo y sin más hato que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista a ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño a los señores cuando vienen a tirar jabalíes y siempre que paso por el Cristo del Mimbral, me asomo y le digo:

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... ¡Setenta años tengo ya... Señor! no se os olvide...

L. COLOMA.

Peripécias de la lógica masculina

Mi mujer alega que todos los niños son engorrosos a la hora de la comida; que todos los padres pasan dificultades para obligarlos a comer; que eso está en la naturaleza de los niños; que nuestras dos chicas no son distintas de los demás, y que nada puede hacerse al respecto. Yo alego que todo eso es simple desatino y puro derrotismo. Las chicas no alegan nada. Se limitan a hacer lo que les da la real gana. Unos días están acabando de desayunarse cuando ya es hora de la siesta.

Otros días se lo engullen todo en un instante como dos boas.

Hace poco llegué a la conclusión de que esa bien intencionada pero inefectiva chapucería que mi mujer escuda llamándola su intuición, no estaba llevándonos a ninguna parte, y que ya era tiempo de que yo, con mi mente serena, desapasionada y lógica, tomara cartas en el asunto.

—Los niños—dije—no son sino animalitos. Y todos los animales comen cuando tienen hambre.

—Los animales también comen lo que no deben comer,—dijo mi esposa—y comen con exceso y se enferman. ¿No has oído hablar nunca de un caballo con empacho?

—¿Y no has oído hablar nunca—salté yo—de un niño con empacho?

—¡Eso es distinto!—contestó mi mujer con aire de triunfo.—¿O estás tratando de decir que Pat y Peggy tienen menos inteligencia que un caballo?

—Demos una vuelta y empecemos esto de nuevo—dije serenamente.—Los niños no son sino animalitos, y si yo hiciera las cosas como quiero, les pondría el plato en la mesa y les gritaría: «¡Vengan a comer!» Si venían, muy bien. Si no venían ahí se queda el plato hasta que vinieran. Pero, naturalmente, tu no accederías a una cosa tan lógica como ésa.

—¡Lógica!—exclamó mi mujer con sorna.—¿Qué clase de hijas crees tú que tendríamos? ¡Comerían como animales!

—¡Exactamente!—me apresuré a contestar.—Y tendrían brillo de salud en los ojos lustre en el cabello, blancura en los dientes, y crecerían sanas como oseznas y elásticas como gatitas.

—Tu eres quien necesita dar una vuelta y empezar esto de nuevo—dijo irónicamente mi mujer.

—Está bien—contesté, sin dar mi brazo a torcer.—Te informo que recientemente he estado leyendo varios libros sobre la autoridad paterna y la obediencia filial, y que los expertos dicen que los niños son salvajes en miniatura. Puede enseñarseles como a los salvajes, que acepten la autoridad si ésta se trasfiere a un objeto inanimado, digamos un pilar totémico, o un fetiche, o un ídolo de piedra. En este caso lo que tienes que hacer es transferir tu autoridad a algo con que los niños no puedan discutir.

—¿Cómo qué?—preguntó mi mujer. Y entonces yo saqué a relucir mi gran idea:

—¡El despertador! Suena como el timbre de la escuela, y el timbre de la escuela significa autoridad. Arregla el despertador de modo que suene la hora en que quieran que los niños acaben de desayunarse. Advérteles que al sonar el timbre se les quitarán los platos hayan terminado o no.

—Eso no resultará—objetó mi mujer torciendo el gesto.

—Ya verás que sí—le dije.

La mañana siguiente puse yo mismo el despertador. Las dos chicas se sentaron a desayunarse mirando fascinadas la manecilla que corría hacia el punto fatal. Las mañanas anteriores habían comido poco. Pero aquella, hechizadas por la marcha del minutero y en la expectativa del timbre, no comieron nada. Cuando sonó el despertador, fui inflexible. Les quité los

platos, y sin decir una palabra me encaminé hacia la cocina. Ellas me siguieron dando gritos de rabia. Yo me mantuve tranquilo pero firme. Resultado: las nenas se pusieron tan nerviosas que fué imposible mandarlas a la escuela.

Su mamá, por supuesto, estaba inmoderadamente complacida con el fracaso de mi teoría. Yo le hice presente que aquélla no había sido una prueba completa de acuerdo con los cánones científicos. Ni la luz eléctrica, ni el teléfono, ni la radio se habían perfeccionado con sólo un experimento.

—Ensayaremos otra vez mañana—dije.
—Y lo hicimos. Y tal como yo había predicho, el resultado fué diferente. Esta vez las niñas también siguieron fascinadas la manecilla, pero sin olvidar que, llegado el momento, su desayuno desaparecería. Así, cuando sonó el timbre empezaron a engullir tan rápidamente como les fué posible. Traté de quitarles los platos, pero no tuve fuerza suficiente. Aferrándose a ellos como locas, se devoraron íntegro el desayuno en un minuto exacto. Resultado les dió una indigestión tan violenta que tampoco pudieron ir a la escuela ese día.

—Espero que ahora sí que estarás satisfecho—dijo mi mujer; y en su triunfo había algo de majestuoso.—Les has sustituido el inocente hábito de flojear a la hora de la comida por dos hábitos dañinos que probablemente les durarán toda la vida a esas pobres criaturas y arruinarán su salud, su dicha y su carrera de esposas y madres: primero, el hábito de ser esclavas del reloj; segundo, el hábito de comer precipitadamente, que las pondrá en el camino de una dispepsia o de una úlcera de estómago.

A pesar de todo yo sigo creyendo que en este patituerto mundo de las madres intuitivas y los niños incomprensibles, hay un sitio para el sereno y lógico proceso masculino.

Pero no puedo encontrarlo.

J. P. McEvoy

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, en sus conversaciones con los discípulos, les recomienda que se despreocupen algo de las cosas terrenas y se ocupen más de las cosas de Dios.

No sólo se refiere al pan nuestro de cada día, sino también a todas aquellas cosas en las cuales pone el hombre gran interés despreocupándose, en cambio, de lo fundamental que está más allá de esta efímera vida.

“...Por eso os digo que no os acogojéis por la vida...”

Y aquí tenemos ante nosotros, el cuadro de la vida, lleno de ansiedades, de apasionamientos, de preocupaciones, en los cuales el hombre pone toda su pasión, su entusiasmo, sus inquietudes, en cosas tan pequeñas, tan mezquinas, que nos hacen dudar de

su misma inteligencia.

Ya otra vez comienzan los partidos de liga, con sus violentas discusiones, con sus apasionadísimos comentarios en los cuales el hombre más sereno se deja llevar de un entusiasmo desmedido, y pierde el control de sus actos, dejando olvidada la consideración y el respeto ajeno, empleando un vocabulario soez, grosero, irrespetuoso, el cual no acostumbra en su vida normal; pero en esos momentos, la pasión perturba su serenidad, su educación se tambalea, no controla sus palabras y hasta la ofensa a Dios brota de su boca en esos momentos, aunque después se sienta deprimido por el arrebatado pasajero a que le llevó su entusiasmo deportivo.

En nuestras relaciones sociales, vemos con frecuencia, cómo hay personas que todo su entusiasmo, sus actividades, sus conversaciones, están concentradas en cosas tan baladíes y tan sin importancia, que nos da lugar a la meditación sobre su grado de inteligencia, pues no podemos explicarnos de otro modo que ciertas personas pongan todo su entusiasmo y diligencia en una competición deportiva. Dando la sensación a cuantos les rodean de que para ellos solo es importante y único objeto de su vida en todos sus aspectos: el deporte.

Bien está que nos interese un poco por las actividades deportivas, que vayamos a los partidos de fútbol y hasta que hagamos quinielas, pero no exageremos las cosas sacándolas del margen que les corresponde. El deporte es una sana actividad del hombre y las competiciones deportivas una ligera distracción para el espíritu; mas si tomamos con apasionamiento extraordinario esta faceta de la vida social, en modo alguno será beneficiosa sino que puede ser hasta perjudicial para la salud, pues el corazón puede padecer con exceso los vaivenes deportivos a que se le somete. Y también nuestro espíritu, nuestra inteligencia, nuestro entusiasmo, no puede limitarse a cosa tan secundaria y tan sin importancia como una competición deportiva.

Seamos sensatos y pongamos cada cosa en su lugar. No seamos mezquinos al empequeñecer el margen de nuestras ambiciones y de nuestro interés en cosas tan pequeñas. Ni tampoco demostremos a quienes hablan con nosotros en la sociedad en que vi-

vimos que no entendemos ni pensamos más que en los partidos de fútbol y en la quiniela del próximo domingo.

El alma humana no puede saciar sus ansias con tan pequeñas aspiraciones. El cultivo de las bellas artes, de las ciencias, de la cultura en general, llenarán mejor nuestro espíritu y lo acercarán a Dios en quien hemos de pensar todos los días y en el cual el hombre encontrará la paz espiritual que precisa para seguir caminando por este valle de lágrimas.

—“Buscad el reino de Dios, continuó Jesús de Nazaret, y todas las demás cosas se os darán por añadidura”.

R.

MENSAJE MATERNAL

EN LA FIESTA DE LA RAZA

Y van tres palomas blancas surcando raudas la mar.

De aquél volcán que estallara de amores, de aquél volcán con ansias de madre un día que pesé una eternidad, han nacido tres palomas, en triple parto de paz.

España las cria orgullosa, que España en ansias de amar, quiere hacerlas mensajeras de su Historia y de su afán; que necesita cariño e hijos a quien criar.

¡Creced, palomitas blancas! ¡Abierta teneis la mar, y la rosa de los vientos a vuestro servicio está!

¡Ya no cabes en tu concha, España que es tu ansiedad tan gigantesca, que el mundo es un estrecho fanal!

Y un día les enseñaste un horizonte al azar, y abriste un libro en la Historia y un nombre en la eternidad.

Y van tres palomas blancas surcando raudas la mar, como tres perlas brillantes de tu corona real.

Llevan prendido en sus picos los presentes de tu afán: un ramo de olivo verde con el que ofreces la paz, una bandera española signo de amor maternal, y una cruz para que adoren a Dios en un nuevo altar.

Hermenegildo Rodríguez

CURSILLO DE CONTABILIDAD PRACTICA

(Para hacerse contable)

ASIGNATURAS:

Contabilidad y Prácticas
Legislación Mercantil
Cálculo Mercantil
Correspondencia comercial

PROFESOR:

Juan Manuel Ortea Corujo

Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca

Horas de clase: desde las 6 de la tarde.

Duración del cursillo: cuatro meses.

Comienza dicho cursillo el 1 de noviembre próximo.

Domicilio: Muralla, 7-1.º

Teléfono 3988

GIJON

Comentando

Cincuenta años

Las obras de Dios están siempre dirigidas por la inteligencia divina, y aunque la mano del hombre, en su mezquindad, de las apariencias de cosa totalmente humana, siempre tienen un no se qué, que nos hace pensar que cada obra encuentra su hombre. Y es que Dios vela por sus cosas y da sombra a quienes de ellas se preocupan.

La Adoración Nocturna nació fuera de España, pero se hizo enseguida tan española, que más bien parece cosa nuestra que extranjera. Y aquí en Gijón, lleva con este sus cincuenta años de ininterrumpida adoración al Divino Sacramento. Nació con los hombres, pequeña, y también como los hombres, con muchas ansia de vida. Vicisitudes no faltaron y alegrías tampoco. Zozobras y esperanzas y sobre todo buenos deseos. Y en todos los casos encontró su hombre que la condujera por el recto camino, que no era otro que el que sus fundadores se trazaron para honrar a Dios en la noche del sagrario.

En sus tiempos heroicos, encontró la santidad de quien supo acreditarse como adorador más tarde, bañando la insignia de su pecho con la sangre del martirio, y fué D. Guillermo Hulton a quien cupo el honor de organizar las Bodas de Plata de la Sección

de Gijón, hace veinticinco años. Aquí brotaron esperanzas blancas como el Pan eucarístico, que la tenebrosidad del ambiente político cambiara en realidades rojas de martirio. La Adoración tenía que ser víctima del odio satánico, y se oscureció solamente cuando el Sagrario se cerró. Pero floreció la amapola del martirio.

La sangre de los mártires siempre fué semilla de santos, y los santos se forman de frente al Sagrario. La Adoración tenía su mártir y el Sagrario sonreía a todos y les ofrecía aquella sangre unida a la de Cristo. Y floreció en ella y con ella la Sección gijonesa, y en su nueva etapa de vida encontró, de nuevo, a su hombre. Y con su Presidente camina victoriosa por los caminos de siempre: los que van a desembocar en la oscura y solitaria noche del templo, y crece y multiplica sus turnos, dando la sensación de una margarita que se deshoja al paso del Sacramento.

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - asos de Semanas Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 174

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

roveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor OsorioRelojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA**J. A. M. S. A.**PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La**Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)